

# Deliciosas empanadas



Ilustración - Laurel Gallego López

La hoja afilada del cuchillo le pasa cerca de los dedos y esa proximidad peligrosa le encanta. El ruido continuo, el golpe, el corte contra la tabla de picar es fuerte y rápido. Los pedazos de cebolla se amontonan a un lado del mesón hasta que se apoderan del borde e indecisos esperan un empujón certero hacia el vacío. El impulso los hace caer como pequeños suicidas, como pétalos de una flor pútrida e intensa que se estrellan contra el piso de cemento pulido.

Ana mira de reajo los trozos de cebolla que se aglomeran descontrolados, también logra ver a su marido que duerme en la estera. Suspira, decide que es mejor canturrear para amenizar el momento, aunque nada podría

\*Ganadora del concurso de la Red Relata del Ministerio de las Culturas en la modalidad cuento, directores de taller. Viviana Vanegas es directora del taller literario Brurráfalos, de Barranquilla, Atlántico

distraerla de esa maraña escandalosa de pensamientos que habita en su cabeza. Escucha un rumor de voces que no paran de hablar entre ellas, que no dejan de gritar e insultarse. Corta, corta, corta, corta, corta, corta...

El cuchillo se le resbala de las manos, causando un estruendo que termina desperdando a su marido. Lucho trata de levantarse, pero la falta de voluntad y la resaca permanente que padece desde hace muchos años hace que se le enreden las sábanas en el cuerpo como una boa constrictora. Después de la pelea con la colchoneta y el catre, el hombre se levanta con mucho esfuerzo. Tose, escupe en el suelo de su propia alcoba, deja salir esa basca centenaria que le colonizó el cuerpo desde hace mucho tiempo. Grita desde la habitación, como si estuviera lejos, como si no fuera una cortina de flores raída la que separa la cocina de la sala y de la única habitación.

—¡Ana, tú no dejas dormir, nojoda!  
Ella sabía lo que tenía que hacer. Siempre que llegaba borracho era la misma cosa. Un plato lleno de arroz con un huevo encima. La carne molida es para las empanadas, para venderlas desde muy temprano, para poder vivir y darle dinero a su marido, para que pueda alimentar sus vicios.

El plato servido es inspeccionado con rigor. El disgusto en la cara de Lucho es evidente.  
—Esta comida no tiene ni una miga de carne. Oye, pendeja, ¿ni carne, ni queso?  
Ana no responde. Sigue cortando cebollas que no paran de caer.

Lucho se aproxima a la mesa, la pateo, agarra la silla con fuerza y la estremece,

como si quisiera pulverizarla con sus manos. Se sienta, agarra la cuchara y empieza a comer. Mastica con la boca abierta, se le ven todos sus dientes, y mientras sigue increpando a su mujer le salen pedazos disparados de arroz y huevo por todas partes. Ella siente el grito de Lucho en el pecho, en las costillas. Lo mira por un instante, él también la mira y hace un amague con el puño derecho. No sería la primera vez que le pega. Ella ya no le tiene miedo. No dicen nada. El olor a cebolla es intenso, insoportable.

—Te estás poniendo pesada. ¡Te voy a tener que joder otra vez, malparida!

Ana sabe que la amenaza es una rutina. Aún tiene el cuchillo afilado de cacha de madera en la mano, se aferra a él. Ella no se cansa, se libera cuando corta esos trozos toscos. Se detiene y mira con detenimiento el utensilio que tiene en la mano, la punta, el canto, el bisel. Observa su reflejo amorfo en la hoja y se ve tan distorsionada como se siente.

Lucho empina la jarra de agua de panela. Deja que el líquido chorree y le moje el torso. Ella se fastidia, le da asco, como casi todo lo que él hace. Se dirige al cuarto y la llama desde allá. Ana sabe lo que viene. Le va a dar duro, como a él le gusta. La empuja hacia él, le quita la bata de un solo jalón.

Decide enterrarle las uñas en los muslos, le muerde los pezones con crueldad, mientras ella ahoga los gritos, porque a Lucho le molesta. Él se excita al verle la cara agría, resignada. Sabe que su juego de “montar a la yegua” es lo peor que le puede hacer. Él intenta penetrarla, pero es un fraude, ya no se le pone duro. La mira con desprecio, le dice que ya no le provoca nada. Se tumba a un lado y se queda dormido enseguida. Ana

## DELICIOSAS EMPANADAS

se ahoga, reprime el llanto, el grito que quiere estallar. Respira, respira, recupera la fuerza, el aliento. Lo mira en la oscuridad, casi ni espabila, como si lo viera por primera vez. Recorre los tatuajes y las cicatrices malogradas en su espalda. Ve su calva brillante y grasosa que se asoma por encima de la almohada. Sabe que es el mejor momento. Su arma está a unos cuantos metros, el cuchillo afilado que dejó en el mesón, incrustado en una cebolla blanca. Se levanta con cuidado, lo toma, siente el frío del acero, siente el miedo desbocándose en su cuerpo. Piensa en qué clase de corte podría ser el mejor, para que muera enseguida o para que sufra un poco. Piensa en el ruido, en ese grito que debe ser ahogado. Es de madrugada, la gente como ella despierta antes que el sol para poder irse a trabajar. Se muerde los dedos sin dejar de observarlo. Lo piensa mejor, se incorpora, se apura, debe hacer el guiso para sus deliciosas empanadas. Antes de las seis deben estar listas para luego tomar el bus hasta la plaza. Cuando llega al sitio donde siempre monta su puesto, le parece escuchar la voz de Lucho diciéndole cosas para atormentarla. Ana trata de olvidarse de él y concentrarse en su negocio, en alistar los tarros de ají y las salsas. La

imagen de su marido se posa irreverente en su cabeza, como una plaga inmundada. La chica que vende mazamorra le ofrece café y le cuenta sobre una vecina entrometida.

Habla con ella tratando de ser cortés, aunque no quiere que nadie le hable, que nadie sepa que lo único que tiene adentro es dolor. Antes de las diez de la mañana ya ha vendido la mitad de su producción. Aletargada se mueve en ese pequeño espacio, mientras recoge las servilletas enchumbadas en aceite y espanta los insectos que quieren arruinar su sustento. Su mente está en otro lado; va y viene, entre clientes, entre billetes y monedas que debe contar. Cuando le despacha cuatro empanadas a un muchacho, puede ver a su marido, como si estuvieran transmitiendo en vivo desde su casucha de invasión. Ahí siguen en el suelo las cebollas que no alcanzó a recoger y el plato lleno de sobras de la cena-desayuno. Ve la cortina que separa el cuarto, enloquecida por la brisa que se cuele por los calados. Ve su pobreza, sus sueños sucios. Lucho sigue tirado en el catre con moscas posándose sobre su calva brillante.

Lucho se ve como un gran pedazo de carne fileteada.



Hay moros en la costa de Timothy Hall